

Encarnacion; esto es lo que le restaba que hacer al cuarto Concilio ecuménico, que debía al propio tiempo suministrarnos un preservativo muy especial contra el artificio de las sectas interesadas en reproducir el mismo error bajo diferentes formas. El falso celo que precipitó á Eutiques en la heregía contraria á la que se acababa de condenar, obligó muy pronto á la Iglesia á

convocar en Calcedonia este cuarto Concilio. Entretanto, habiendo cumplido felizmente su destino los pastores y doctores suscitados por la Providencia contra Nestorio, y estando casi todos al fin de su carrera, les dió unos sucesores no menos á propósito para hacer triunfar la verdad, así en el Trono pontificio, como en la mayor parte de las Sillas principales.

## DISERTACION

EXTRACTADA DE LO QUE ESCRIBIÓ

EL DOCTOR J. MARCHETTI

**Sobre si las costumbres de los cristianos de los primeros siglos forman tal contraste con las de los cristianos de nuestros dias que sea tan afflictivo para estos últimos como lo pretenden ciertos autores.**

Los historiadores aparentan á cada paso estar en continua plañidera por lo que llaman decadencia y conducta de la Iglesia y relajacion de la disciplina y de la moral. Este lenguaje es comun á los protestantes que han creido ventajoso desacreditar las actuales costumbres de la Iglesia y ensalzar por el contrario y desmedidamente las de los primeros siglos; han visto serles útil encomiar la antigua Iglesia que ya no podia dañarles, y envilecer la Iglesia de su tiempo que veian armada para condenarlos. No negaré yo que los siglos modernos estén llenos de grandes desórdenes, y que los primeros siglos lleven alguna ventaja á los nuestros; pero lo que sí negaré es que el desarreglo de nuestras costumbres deba atribuirse al cambio de disciplina, especialmente respecto de la penitencia. Si el uso de las penitencias canónicas fuera un medio seguro para impedir el desorden en las costumbres, seguiríase de aquí, contra lo que nos atestiguan todas las historias, que los siglos de la edad media habrian sido los mejores en punto á las costumbres, porque entonces cabalmente fué cuando se multiplicaron tanto los cánones penitenciales que puede muy bien decirse no habia pecado alguno esterior á que no se esterdiesen. Despues hubo quienes creyeron que los que habian cometido mas pecados debian sufrir tantos años de penitencia como estaban prescritos para cada uno de estos pecados; de manera que pudiera muy bien suceder que alguno se viera obligado á miles de años de penitencia. Pues bien, los que así pensaban, y que pareceme no eran teólogos laxistas, fueron los verdaderos destructores de las penitencias canónicas. La esperiencia y la constitucion natural de los hombres muestran que cuando se quiere que una ley no sea observada basta hacer innecesariamente difícil su ejecucion. Desde el momento en que se cayó en este absurdo, fué preciso recurrir á esplicaciones y compensaciones, y con toda esa multitud de penitencias canónicas que todavia estaban en vigor hasta el siglo XII, entonces mismo y en los tres ó cuatro siglos precedentes, fueron mas, indudablemente mas, los malos cristianos que en ningun otro tiempo. Luego no es esa la causa del desorden en las costumbres, y los hechos han destruido siempre los sistemas.

En cuanto á los fieles de los primeros tiempos, convengo en que tuvieron grandes medios para ser mejores que nosotros. No hablo de los que tuvieron la dicha de ver á nuestro Señor Jesucristo, y oír su celestial doctrina, y ser testigos de sus ejemplos y de sus milagros; que muy bien se deja conocer lo mucho que esto debia servirles para arribar á la perfeccion. Despues de la Ascension del Divino Maestro vemos en la Iglesia crecido número de personas, llenas del Espiritu Santo y dotadas del don de milagros, mostrarse servorosamente solícitas en predicar el Evangelio. Vemos realizado en esos cristianos lo que el Señor habia predicho, á saber, que harian milagros mucho mayores que los que él mismo habia hecho. Una palabra, un signo, la sola sombra del cuerpo de los primeros fieles bastaban para lanzar los demonios, restablecer la salud y mandar á la muerte. Las profecías, las visiones, el don de lenguas y otros hechos milagrosos permanecieron en la Iglesia durante dos siglos enteros; mirábaseles como un efecto ordinario de la Confirmacion. Pueden consultarse acerca de esto los Hechos de los Apóstoles (1), Abbadie (2), y la primera Epístola de San Pablo á los corintios (17, 1). Despues de la mitad del primer siglo se ven referidos como sucesos muy comunes y ordinarios los milagros de los primeros cristianos. El Apóstol llega hasta prescribir á los corintios el modo que habian de observar cuando en la iglesia se hablaban lenguas estrañas, se interpretaban las Escrituras, se profetizaba; en una palabra, un método reglamentado de hacer milagros. Quiere que no haya mas de dos ó tres que hablen esas clases de lenguas, y que otros las interpreten; que dos ó tres revelen los acontecimientos futuros y que entonces calle el que antes hablaba. Despues del tiempo de los Apóstoles, las cartas que á principios del siglo II escribió San Ignacio mártir á los de Filadelfia, á los trallianos y á los romanos, prueban que todavia duraban en la Iglesia los milagros. A principios del siglo III probaba San Ireneo á los hereges valentinianos la

(1) Act. 8. 1. 2. 20. 23. 21. 4  
(2) Trat. de la Relig. crist. t. 2. c. 12.

falsedad de su secta, diciendo que entre ellos no se veían los verdaderos milagros tan frecuentes y prodigiosos entre los católicos. Todos estos milagros eran un poderoso auxilio para reanimar la fé de los hombres vivamente afectados por las cosas sensibles, y una fé viva junto con una caridad ardiente es muy á propósito para hacer que el cristiano sea fervoroso en el cumplimiento y observancia de su ley. Pero cuando el Evangelio estuvo suficientemente propagado ya no hubo motivo para hacer milagros con tanta frecuencia, segun dice San Agustin. Tambien contribuyeron mucho al fervor de los primeros siglos las persecuciones casi continuas. Era el biello que el furor de los tiranos habia puesto en el aire y que separaba la paja del buen grano. La paja, es decir, los menos fervorosos, se separaban del trigo á los primeros golpes, quemaban incienso á los ídolos y abandonaban á su madre la Iglesia. Despues el Señor escuchaba los gemidos de su pueblo, le volvía la paz, y los miembros dispersos se reunían á sus pastores. Viase entonces una Iglesia toda nueva, toda bella á los ojos de Dios, compuesta en parte de aquellos generosos atletas que habian estado presos en las cárceles por el nombre de Jesucristo; eran los que habian triunfado de la muerte, sufrido los mas crueles tormentos, los potros, los azotes y uñas de hierro; estaban mutilados y desfigurados por el fuego, su ardiente caridad habia vencido á los tiranos: otros volvian de países lejanos ó de las minas, donde les habian condenado algunas jueces para que sufriesen allí durante muchos años la intemperie de las estaciones, el hambre, la desnudez, los golpes y los mas penosos trabajos, sin haber ellos querido jamás librarse de estos tormentos á espensas de la gloria de Jesucristo: otros, en fin, volvian de su destierro voluntario; porque, durante el furor de la persecucion, y para no esponerse, temiendo su debilidad, á renegar del Salvador, se fugaban dejando que les confiscasen sus bienes, abandonaban su patria, sus parientes, sus amigos, y se iban á los desiertos mas espantosos, á las cavernas mas profundas (1). Tales eran los miembros de la primitiva Iglesia que fueron renovados diez veces en el espacio de tres siglos; siglos de milagros en que todavia se tenían presentes los egemplos del Salvador, de los Apóstoles y de los Padres; siglos en que la sangre humeante de los mártires subía hácia el Trono del Señor y alcanzaba abundantes gracias para la Iglesia perseguida; siglos, en fin, en que el valor de tantos héroes servía para reanimar la constancia de los fieles. Si algunos de los que habian tenido la desgracia de caer en la idolatría pedían ser recibidos en la Iglesia, los cánones les sujetaban durante muchos años á obras penosas de penitencia pública, y de este modo daban pruebas de valor y de paciencia que casi igualaban á las de los confesores. Las persecuciones habian tenido ademas la gran ventaja de estimular y hacer practicar la caridad fraternal. La espada estaba levantada sobre todos los cristianos, todos podian considerarse como una multitud de hermanos espuestos á los mismos peligros; y nadie ignora que el sentimiento de nuestros propios males nos hace grandemente compasivos de los que como nosotros los padecen. «Esas cadenas, esos grillos, podia decir todo cristiano, que sirven hoy para mi hermano, quizá mañana sirvan para mí, y entonces habré menester de que otros hagan por mí lo que hoy voy á hacer yo por él.» Diez cristianos juntos para orar, se decían: «tal vez mañana se-

(1) Baron. An. 304, n. 54, 55, 52.

remos conducidos todos juntos al suplicio y coronados en el cielo.» ¡Oh! ¡qué desprecio de los honores y riquezas producian estas reflexiones en su corazón! Aun el mayor avaro se hace pródigo cuando se halla á punto de naufragar, y el ambicioso olvida todos sus proyectos en vísperas de morir. Por último, las persecuciones eran, como dice San Justino (Apol. 1.) una hoz que cortaba todo apego á los bienes de este mundo. Ahora bien: ¿es de extrañar que en tales taumaturgos se hallen serafines á quienes su fervor habia elevado sobre la naturaleza humana, fervor que transmitían á sus hijos y que bastaba para conservar en ellos durante muchos siglos la caridad de sus padres? Para que el lector pueda juzgar de que así era, voy ahora á citar algunos monumentos de la mas respetable antigüedad.

Ante todo, y para quitar á los débiles toda ocasion de escándalo, hagamos notar que la santidad ha sido siempre, y siempre será, el carácter de la Iglesia de Jesucristo. Esta santidad de la Iglesia católica consiste especialmente en la santidad de sus dogmas, en la santidad de los que la fundaron y de algunos de los que la profesan en todos tiempos, y en los milagros que han sido hechos para confirmarla; empero esta santidad de la Iglesia no significa jamás que todos y cada uno de sus miembros sean santos. Es ya vieja cantinela, que los hereges han aprendido de los maniqueos, de los luciferianos, y de los donatistas, el echar en cara á la Iglesia los desórdenes de costumbres que ella condena en sus hijos (1). Los protestantes modernos han tenido la vergonzosa debilidad de imitar á estos antiguos hereges, y nuestros incrédulos mueven á risa cuando apelan á este sofisma. No; la Iglesia de Jesucristo es una red que contiene peces de toda especie; y como dice San Agustin (2), no es en esta vida, sino en el cielo, donde le conviene el privilegio de no tener mas que miembros muy sanos. En todos tiempos los Santos Padres y aun los mismos autores sagrados se han explicado bien claramente en esta parte, sin que jamás imaginaran causar escándalo ó daño á la Iglesia cristiana, reprimiendo abiertamente los vicios de su tiempo. Como el carácter de santidad, tomado en su verdadero sentido, pertenece igualmente á la Iglesia de todos tiempos, no hay que temer mas por la santidad de la Iglesia cuando se hacen conocer los vicios del primer siglo que cuando se hacen conocer los del segundo. Sentado esto, cuando se habla de las costumbres particulares de los cristianos, sería conocer muy poco las antigüedades eclesiásticas creer que en ellas no se encuentran desórdenes.

En la misma carta, donde, como ya he dicho mas arriba, da San Pablo reglamentos para hacer milagros, les dice tambien: «He sabido que entre vosotros hay discordias; cada cual dice: yo soy de Apolo etc.» San Pablo añade que no podia hablarles como á hombres espirituales, sino como á hombres carnales; y los reprende de que se gloriasen de los dones celestiales y de los milagros. Pero aun hay mas, continúa el Santo Doctor, porque entre vosotros se cuenta una fornicacion, *qualis nec inter gentes etc.* Vituperálos tambien por el abuso de acudir á los tribunales de los gentiles, y de engañar á sus hermanos; les dice haber sabido que en las santas cenas que entonces se hacían en las iglesias, habia escisiones, que cada cual lle-

(1) S. Aug. de Mor. eel. c. 34.—S. Aug. lib. 2. contra lit. Petil. c. 51.—Hier. Dial. ad Lucif.

(2) Lib. 2 Retract. c. 18.

vaba á ellas lo que quería comer, y que unos quedaban hambrientos mientras otros ébrios. Al año siguiente les escribió otra carta, y si bien se alegra en parte por su enmienda, no por eso deja de tener menos malos presentimientos: *Timeo enim ne forte cum venero, non quales volo inveniam vos, ne forte contentiones, æmulationes, animositates, dissensiones, detractiones sint inter vos, et luceam multos ex eis qui peccaverunt, et non egerunt penitentiam super immunditia, et fornicatione, et impudicitia quam gesserunt.* Cuando San Pablo escribe á las iglesias de Galacia, se admira de que los cristianos se hayan entregado tan pronto á otro evangelio contrario al de Jesucristo: *o insensati galatæ, etc.* Y en la carta á los fieles de Efeso les advierte no tomen parte en los crímenes de los pecadores, especialmente en los que se cometen en las tinieblas, que él ni siquiera se atreve á nombrar, y dice que los tiempos son malos. El Apóstol halló en Efeso discípulos muy mal instruidos en los fundamentos de la Religion cristiana, pues cuando les preguntó si habian recibido el Espíritu Santo, contestaron que ni siquiera sabian que le hubiera. Por último, San Pablo declara á los de Filipos que aun entre los mismos que anunciaban á Jesucristo habia unos que lo hacían por envidia y espíritu de contradiccion, y otros con intenciones rectas. Les promete enviarles Timoteo, y dice que no hay otro que se haya dirigido por una caridad sincera: *omnes, que sua sunt querunt, etc. Inimicos crucis Christi etc.* Los mismos avisos da á los romanos y á los tesalonicenses; dice que debe desconfiarse de las jóvenes viudas (I ad Tim.), *cum enim luxuriatæ fuerint etc.* La avaricia, añade, es la raíz de todos los males: *quam quidam appetentes erraverunt a fide.* San Pablo parece estar haciendo el retrato de los incrédulos de nuestros dias: Huid de ellos, porque se aman á sí mismos; son orgulosos, voluptuosos, sin bondad, sin mansedumbre; prefieren sus placeres, y se cubren de una falsa apariencia de virtud. San Pedro, en su segunda carta, despues de haber dicho que estos seductores se habian hecho peores, previene tambien contra ellos á los fieles. San Juan los llama anticristos. San Judas hace de ellos un minucioso retrato; dice que han sido predichos, que niegan á Jesucristo. San Pablo advierte tambien á Tito, obispo, que hay seductores que trastornan las cosas, que enseñan lo que no conviene movidos del deseo de vergonzoso lucro, y eran en gran número. A los hebreos convertidos les escribe que todavia son imperfectos en los caminos del Señor. La Epístola de Santiago se intitula Católica, es decir, dirigida á toda la Iglesia; en ella recomienda el Apóstol la oracion, pero la oracion bien hecha; porque no conseguís, decía, porque pedís mal: *eo quod male petatis. Unde bella et lites in vobis? nonne hinc ex concupiscentiis vestris, que militant in membris vestris...? Adulteri, nescitis quia amicitia hujus mundi inimica est Dei?* En el Apocalipsis puede verse la conducta, no ya del bajo pueblo, sino de los primeros Pastores de las siete iglesias del Asia. Por último, el que quiera puede remontarse aun á la misma Historia evangélica y examinar las acciones de los santos Apóstoles antes que hubiesen recibido el Espíritu Santo, y recorrer toda la Escritura Santa; y siempre se hallará la historia del hombre y el cumplimiento de aquel divino oráculo: «Si digéremos que estamos sin pecado, nos seducimos á nosotros mismos, y no está en nosotros la verdad;» y de este otro del mismo Salvador que dice para todos los siglos que serian muchos los llamados á la luz del Evangelio, pero pocos los escogidos. Veremos la historia de la misericordia de Dios en las sólidas virtudes de muchos fieles, en

su caridad, en su paciencia, así como veremos los vicios que son la obra del hombre; y estos dos agentes, Dios y el hombre, han estado siempre en la Iglesia de Jesucristo y producido siempre efectos opuestos. Todo cuanto acabamos de decir del primer siglo está fundado en la autoridad del Espíritu Santo que así nos lo enseña para instruirnos y corregirnos. Quien desee mas pormenores puede verlos en el protestante Ittigio y en Rinaldi (de Hær.) Es un favor del cielo que tengamos de qué humillarnos, y los primeros cristianos no estuvieron privados de esta ventaja. Por esta relacion de los historiadores canónicos se ve cuán débil es el razonamiento que emplean los heresiarcas del siglo XVI. Si la exageracion de los vicios de su tiempo que ellos presentaron al pueblo pudiera escusar su separacion de la Iglesia, el mismo pretexto habria hallado Lutero para separarse de los Apóstoles.

Por lo que hace al segundo siglo, del que nos quedan pocos monumentos, no veo razones para que en aquella época haya habido menos malos cristianos que en el siglo en que se vivía con los fundadores de la Iglesia. En la carta de San Clemente á los corintios, por el año 100, se ve que por celos y ambicion habian espulsado á los obispos y sacerdotes que los Apóstoles les habian dado. Habia allí quienes negaban la resurreccion y el juicio final. Marcion, sacerdote excomulgado por su obispo por una fornicacion pública, se reunió al heresiarca Cerdon. De la iglesia de Efeso nos cuenta Eusebio (lib. 5, c. 15) que Montano, Florian, Blasco y otros llamados catafrigos, inventaron y propagaron heregias vergonzosas. El célebre tratado de San Ireneo, que vivió á fines de este siglo, es una refutacion de las heregias de su tiempo. Allí se ve á los valentinianos, menandrianos, simonianos, nicolaitas, marcionitas y otros que profesaban errores abominables. Algunos de los que traducían la Escritura Santa apostasiaron, *et multa mysteria Salvatoris et subdola interpretatione celarunt*, decía San Gerónimo. En Teodoro, San Epifanio y Eusebio pueden verse los errores de Cerinto y de Ebion contra la divinidad de Jesucristo, errores abrazados por Teodoro de Byzanzo y condenados por el Papa Victor. Los abusos de los Agapes, de que Baronio habla estensamente (año 57, n. 130), llegaron á ser tan gravísimos que los prohibió el cánón 28 de Laodicea. Pueden verse tambien estos abusos en el *Pedagogo* de Clemente Alejandrino que escribía á fines del segundo siglo. Al final del libro VI del *Pedagogo* se lee que los enemigos de los cristianos les echaban en cara la multitud de hereges, que eran entonces los encratitas, los docitas, los cainitas, los valentinianos, los marcionitas, los basilidianos, los frigios, los eutiquistas, los offianianos, los simonianos. Los juegos lupercales, que eran tan indacentes, no fueron estirpados de la Iglesia hasta el siglo V, y S. Gelasio decía que sus predecesores los habian prohibido severamente, pero que no se les habia obedecido. Hasta despues de este siglo, dice Tertuliano, no se consiguió cesase el crimen de hacer ídolos. Y el carnaval ¿no nos presenta todavia en nuestros dias mil restos de paganismo, respecto de los cuales no se ha dado oídos á lo prescrito por la Iglesia? Luego los abusos no vienen sino de la inobservancia de las leyes. Los que estudien los escritos de Tertuliano hallarán allí algo mas en el libro de las Prescripciones, en el de los Espectáculos, en el del Adorno de las mugeres, desórdenes muy antiguos; podrán confrontarlo con los capítulos 10 y 11 del segundo libro del *Pedagogo* de Clemente; este *Pedagogo* prescribe las mas bellas reglas de modestia cristiana. Si todos los hombres observaran las leyes, ellas serian una prueba de las costumbres de los diferentes siglos, y el nuestro seria in-